

Los movimientos ciudadanos como alternativa

Carlos Criado Pérez | Université Française d'Égypte

URL de la contribución <www.iaph.es/revistaph/index.php/revistaph/article/view/3805>

A pesar de los estudios e investigaciones previas, la sociedad comienza a tomar partido en la defensa del patrimonio después de la Segunda Guerra Mundial. Tras el terrible enfrentamiento que asoló casi por completo una gran parte de las ciudades y lugares históricos, tanto de Alemania como de los países donde los combates tuvieron una mayor repercusión, la población comienza a tomar una conciencia más real y directa sobre la protección de los lugares importantes para comprender el curso de la historia de la humanidad.

Prueba de esto es la creación de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) en el año 1945, en la primera reunión organizada por los países aliados después de comprobar la destrucción que estaba causando la II Guerra Mundial en el año 1942, cuando tuvo lugar su primer encuentro.

A partir de este momento, con el año 1960 como gran punto de partida hacia lo que representaba el nuevo organismo internacional a través de la campaña para salvar el templo de Abu Simbel, que estaba en peligro de quedar bajo el agua por la construcción de la presa de Asuán, la humanidad empieza a tener en cuenta el significado de patrimonio, así como la importancia para su desarrollo como una comunidad más justa y equitativa. Tras estos acontecimientos, un largo periodo de estabilidad en los principales países europeos y Estados Unidos permite que se creen una numerosa cantidad de asociaciones, agrupaciones o fundaciones que se encargan de la protección, el estudio y el fomento del uso de los lugares considerados patrimonio. Los tiempos de expansión y crecimiento económico permitieron que en determinados espacios, sobre todo en los países con mayores índices de desarrollo, los lugares y tradiciones protegidos como patrimonio de la humanidad convivieran con desarrollos y avances tecnológicos modernos.



Eco-Camping Sinai | foto Carlos Criado Pérez



Movimientos sociales | foto Niek Verlaan

Ese equilibrio se vio perjudicado por dos razones principales: el consumo y la crisis. Aunque puedan parecer elementos antagónicos, son dos conceptos que se entienden mejor cuando van de la mano. En primer lugar, el aumento del consumo en las décadas de 1990 y 2000 provocó que se comenzaran a desarrollar nuevos espacios necesarios para aumentar esa capacidad de consumo gracias al largo periodo de estabilidad y al aumento del poder adquisitivo de la mayoría de las personas. En ese contexto, y apoyados por la falta premeditada de educación sobre el patrimonio, las tradiciones en forma tangible, como edificios, lugares, pinturas o esculturas se convertían en un obstáculo para los grandes negocios, sobre todo inmobiliarios. Los defensores del patrimonio, bien fueran individuos o entidades, conseguían, gracias a la capacidad económica de la que aún disponían, aguantar las acometidas de dichos avances especulativos.

La segunda etapa sin embargo, se está tornando más difícil para los mismos. La falta de recursos económicos ha llevado a gran parte de las empresas o entidades con ánimo de lucro, a buscar negocio en cualquier zona del mundo y de la forma más lucrativa. Esto, sumado a la reducción en la capacidad económica de los individuos y entidades que defienden el patrimonio, han provocado que éste se vea amenazado en sobremanera durante los últimos años.

El hecho de la aparición de movimientos ciudadanos o personas anónimas responde principalmente a estas dos razones, si bien, debemos tener en cuenta que la visibilidad de los mismos se ha incrementado gracias en gran medida a la aparición de las redes sociales como medio canalizador de su expresión. Las pequeñas comunidades locales que aún no han sido desarmadas por la llegada del capitalismo han defendido siempre sus tradiciones e intereses, oponiéndose a grandes proyectos urbanísticos u otros proyectos que pudieran afectar de manera clara y destructiva a sus costumbres y tradiciones. La diferencia principal con la que nos encontramos ahora, es la posibilidad de convertir esas luchas locales en movimientos autonómicos, nacionales o internacio-

nales y conseguir, de esta forma, sumar más apoyos a la causa que queramos defender.

Los defensores del patrimonio siempre han estado ahí. Una abuela que enseñaba a su nieta como encalar la pared de su casa, un campesino que mostraba a los turistas de la ciudad cómo ordeñar una vaca mientras les contaba las historias del lugar o un joven que mostraba con orgullo la plaza de su pueblo mientras cantaba las historias que allí acontecieron. Sin embargo, ahora es cuando ven peligrar su estilo de vida y esa transmisión de bienes patrimoniales, bien sean de carácter material o inmaterial. Una vez comprobado como gran parte de las instituciones públicas o bien les ha dado la espalda o no dispone de los recursos necesarios para abordar todos los frentes abiertos, han decidido coger el “altavoz” que suponen las nuevas tecnologías, y conseguir así que, entre todos, nuestro patrimonio no quede en el olvido.

BIBLIOGRAFÍA

- **MUÑOZ SANCHEZ, I.** (2007) Ciudadanos para la defensa del patrimonio. *E-rph*, diciembre 2007, n.º 1, pp. 272-290
- **UNESCO** (1945) Constitution of the United Nations Educational, Scientific and Cultural Organization <http://portal.unesco.org/en/ev.php-URL_ID=15244&URL_DO=DO_TOPIC&URL_SECTION=201.html> [Consulta: 19/07/16]